

CRISTINA MOMPEAT NÚÑEZ

El amor después del silencio*

Cuando empecé a preparar este texto tenía mi pierna derecha escayolada. Una caída en la montaña. Una parada obligatoria en mi vida. Unos ligamentos rotos y dos tendones esguinzados me tuvieron un mes retirada en el campo, leyendo, pensando, sintiendo, pintando mandalas, viviendo otro ritmo del habitual: el de la naturaleza-viendo llegar el otoño-, y el de mi familia -con la que no pasaba tanto tiempo desde hacía muchos años-. Fue muy bello, tanto que apenas ya recuerdo los cinco quilos de yeso que llevaba colgando de mi pierna, ni las agujetas en mis bíceps y pectorales.

Justo entonces, tenía que dar un título para este texto, antes de escribirlo y poder así distribuir la publicidad de las tertulias. En los últimos tiempos había estado experimentando un tipo de silencio, trabajando con su dimensión de divino. También empezaba a pensar en el amor desde otro lugar, después de un largo tiempo de duelo. Y había leído el texto que Luisa Muraro ha publicado en el nº 20 de la Revista. Así que con todo eso, y desde el nuevo lugar en el que me estaba situando, pensé que escribiría del amor después de un tiempo en mi vida en el cual el silencio había sido central.

* Este texto forma parte del ciclo de tertulias que organizó la Comisión de Investigación del Centro DUODA el pasado invierno

Silencio. Pensaba y pienso cómo o porqué el silencio ha tenido un lugar siempre tan importante en mi vida. Y vino a mi, a mi mente y a mi cuerpo, el extremo de una madeja de la que empecé a tirar. Algo que sucedió en mi vida cuando tenía tres años de edad. Algo que quizás trae luz, aunque todavía no se bien cómo, ni se si resuelve algo. En cualquier caso trae más cabos de los que tirar.

Recuerdo que con tres años era una niña rubia y bastante feliz. Vivía en el barrio de Gracia, con mis padres y mi padrino, en un pequeño piso de la calle Libertad. Y, súbitamente, llegó el momento de ir al "cole". Así que muy pronto me vi desgajada de mi placentera vida en casa. Definitivamente, yo no quería quedarme en el colegio, así que el primer día, en el patio de entrada, la directora tiraba de una de mis manos mientras yo me sujetaba con la otra a la de mi madre, de manera que parecía que me iba a partir en dos. Afortunadamente no fue así, y mientras yo inundaba el patio de lágrimas creo que mi madre tragaba las suyas para intentar transmitirme coraje. Finalmente "ganó" la directora que me llevó entre mis hipos y sollozos al interior de una clase llena de niñas, niños, tizas, gomas de borrar, pupitres y con un olor absolutamente nuevo y muy fuerte, de energía infantil, supongo.

El hecho es que la separación de la compañía a tiempo completo de mi madre, en nuestra casa, estaba resultando muy duro para mi. Tampoco tenía reloj y empezaba a aprender la medida de los tiempos, unos ritmos nuevos, súbitamente nuevos. Así que cada rato, en mi clase, no se con cuanta frecuencia, me levantaba de mi pupitre y me acercaba a la profesora: la señorita Blanca, guapa y joven. Todo el mundo tenía buenas palabras para la señorita Blanca. Incluso su nombre de pila indicaba buenos sentimientos. Pues bien, cada rato me levantaba de mi pupitre y me acercaba a ella siempre con la misma pregunta: "*señorita Blanca, cuanto falta para volver a ver a mi mamá*", "*poco*" contestaba ella pacientemente "*pronto*".

No se que día, no se si hacía ya una semana o dos días o un mes

que asistía al parvulario, cuando en un momento, como era ya costumbre, me levanté de mi pupitre y me acerqué a la señorita Blanca: *"cuanto falta para volver a ver a mi mamá"* pregunte como siempre, ya como un ritual que calmaba mi ansiedad. Supongo que ella debía tener un mal día entonces porque giró su cuello, clavó sus ojos en mis ojos y me dijo seca, segura y convincente: *"si vuelves a preguntarme esto nunca más volverás a ver a tú mamá"*.

Evidentemente jamás volví a acercarme a ella a no ser que ella misma me lo ordenara. No obstante, creo recordar que a partir de ese momento mi comunicación con mis compañeros y compañeras de clase se volvió muy intenso. Hablaba muchísimo con ellas y ellos y disfrutaba haciéndolo. Incluso para facilitar la conversación me giraba en mi pupitre para tenerlas de frente y conversar también con las miradas y las manos y todo el cuerpo. Fueron muchas las veces que la señorita Blanca me castigó por "hablar tanto", decía ella, casi siempre de cara a la pizarra, alguna vez privándome de mi tiempo de recreo, en el patio, de mi tiempo de juegos con mis primeros amigos y amigas.

Recuerdo que mis sentimientos hacia la señorita Blanca fueron al principio de gran dolor. Recuerdo como un gran sable partiéndome por la mitad. Recuerdo como regresé a mi pupitre, hundida y perdida, después de su terrible y, sin duda, no medida e inconsciente sentencia. También recuerdo haber sentido mucha, pero que mucha rabia hacia ella cada vez que me castigaba, especialmente el día que me dejó sin recreo en el patio.

Muchos años después recordé el suceso. No había vuelto a pensar en ello, creo. Treinta años después ya había cierta distancia así que los sentimientos fueron bastante distintos. Me hice consciente de la herida, herida que quizás no se cure nunca, pero sentí ternura por mí, y también por la señorita Blanca. Sentí que nos perdonaba a ambas. Aunque se que lo que ocurrió entonces me dividió para mucho tiempo, también me transmitió una enseñanza única, aunque

de forma brutal, mi primer salto a la independencia simbólica de la madre y lo divino del recogimiento en sí, el buscar en sí, indiscutiblemente unido a la apertura a un mundo de relaciones. Traer esa herida a mi presente me abrió un espacio nuevo de reflexión.

Desde entonces el silencio ha sido para mí un lugar importante y creo que puede ser un lugar en nosotras, un lugar dinámico, propio y profundamente íntimo en el que mantenemos ante todo una actitud de escucha del propio ser y del ser de la otra/el otro. Puede ser, sobre todo, un lugar de luz. Y un lugar también de transformación del ser, de nuestra capacidad, deseo y lugar desde el cual amar. Podría incluso ser la fuente original de nuestra existencia, un silencio puro y luminoso al que se puede volver. El lugar ya está en cada una y cada una encontrará su vía para “retornar” a su silencio original y aprender a vivir desde ahí, desde un silencio que puede ser la fuente misma de la palabra, de la relación y del amor.

Ahora sé que ese lugar siempre ha estado en mí. Y ha aflorado con mucha belleza y serenidad para mí en este último año, atravesando dolor, dolor por la pérdida de algo viejo de mí, supongo. Y afloró aún más hace poco en un espacio pensado desde el silencio y la atención a una misma y la otra, el otro. Una seshin en Luz Serena, un templo zen cerca de Valencia. Como siempre en la vida, no llegué a ese espacio por casualidad, sino que fueron muchas las manos que me fueron llevando, tejiendo un camino que no tiene fin.

Pensando más hacia atrás en el tiempo todavía, más atrás de mis tres años de edad, veo como la vida misma puede tener su origen en un mar de silencio. Un silencio femenino que sustenta, reconoce y nutre nuestra madre. Y lo hace desde sí, entera, porque diría que aquí la experiencia de crear y sostener lo creado, la vida de otra mujer en este caso, es una experiencia que reúne cuerpo y alma, y es así como nos transmite el primero de los aprendizajes: en el origen, la vida es un mar de silencio entre dos seres enteros, es el lugar de intimidad suprema, de relación entre dos.

Y en ese lugar de relación es donde se siembra el germen primero de la materia viva, como lo ha llamado Luisa Muraro refiriéndose a la antigua relación con la madre: *"todas las veces que me he encontrado en dificultades graves con mujeres, sin saber porqué ni cómo salir, he sabido que intervenía la materia viva de aquella relación: una petición ansiosa de aceptación, una superioridad que resultaba aplastante, un resentimiento furioso, una devoción exagerada"* (Duoda. Revista d'Estudis Feministes, nº 20, 2001, p. 138).

Como a Luisa, a mi tampoco me disturba que la relación materna sea inseparable de nuestras relaciones, incluso me fascina como a ella. Es más, si fuera de otra manera creo que se estaría alterando el orden natural de las cosas.

En este sentido no quiero decir, en absoluto, que todas estemos en el mundo buscando una madre, sino que, igual que todas somos hijas, todas somos, en alguna manera, también madres, aunque no hayamos engendrado y parido con nuestro cuerpo. Todas somos madres en tanto en cuanto somos portadoras de la materia viva primera que damos a luz y practicamos en todas nuestras relaciones. Y aquí no me estoy refiriendo únicamente a las relaciones y al amor entre mujeres sino también al mundo del trabajo, al ámbito familiar, al amor heterosexual, allí donde cada una de nosotras decide ir o estar.

Mi madre, la mujer que más me ha amado y a la que yo he amado más que a ninguna otra, ha tenido, como todas, negativo, ha tenido sus propias heridas, su propio dolor y, con el tiempo, hemos aprendido la importancia de no ignorar esa parte de nosotras que llevamos también a nuestra relación, pero la dificultad sigue estando ahí, aunque sabemos que no podemos negarla pues si dividiéramos el amor del dolor i/o ignoráramos éste último no estaríamos en el mundo de forma entera y mucho menos en nuestras relaciones.

Estamos realizando un viaje, un tránsito para intentar llegar al mo-

mento primero, antes de ser desgajadas de nuestro deseo auténtico y original. Un viaje que es una decisión de avanzar en otra dirección que no es la repetición, más o menos cómoda, de lo que ha ido acompañando nuestras vidas. De alguna forma, hay que regresar, viajando en sentido opuesto para seguir avanzando, como dice Clarice Lispector. Restituir, paso a paso el amor que nos llenaba hasta llegar a tocar de nuevo la materia viva de la relación primera.

Iniciamos ese viaje sin regreso, pues una vez se ha avanzado en determinada dirección no es posible volver atrás. Y lo iniciamos porque lo que somos, lo que ha de ser, ya está en nosotras, solo hay que descubrirlo, traerlo entero al presente y ponerlo en la práctica. El modo de hacerlo dependerá de cada una.

Para mi, en estos tiempos, ha sido fundamental un tiempo de silencio y de soledad, cerca de la naturaleza, cerca del orden materno, un estar sin esperar, al que llegaron imágenes de comunión con mi madre. Imágenes de aquella niña rubia, alegre y entera que posaba desenfadada en la playa ante la cámara. Imágenes que restituían el vínculo hecho de materia viva entre dos seres enteros, madre e hija. Imágenes que me hacían agradecer el vínculo de independencia simbólica.

Dice el mundo común que conservar un vínculo de dependencia fuerte con la madre es patológico y nos empuja a la independencia total, económica, amorosa, relacional. Nos dice, el mundo común, que estamos solas y que hemos de valernos por nosotras mismas y creo que, en esa situación de desvinculación, es difícil tener espacio en el que podamos expresar libremente nuestra capacidad de amar, de relacionarnos. Y aunque creo que es necesario una distancia con la madre, también creo que reconocer y agradecer la dependencia con ella no nos convierte en inmaduras y frágiles, al contrario, nos hace libres y más fuertes para vivir en nuestra independencia sin pérdida de vínculo, para establecer y practicar nuevas relaciones.

Aprendemos de la madre esa sabiduría, ese saber estar en conexión con nuestra más profunda intimidad, enteras y reunidas, fieles a nuestro deseo más potente. Después nos encontramos con una gran parte del mundo común que vive separado de la relación con la madre y no apuesta por, ni se plantea siquiera, el riesgo de asumirla. "Deciden" no necesitar la riqueza que conllevaría, es tal el precio que pagan muchos y muchas por no atravesar el dolor que está ahí, para disfrutar entera la alegría. Escapan del dolor para no asumirse a sí misma/mismo con lo negativo propio, porque no es fácil trabajar con lo que aún no sabemos simbolizar, de lo que no sabemos con certeza que significa, así como tampoco sabemos que significa todo el dolor que trae ese negativo.

Clarice Lispector en "Aprendizaje o el libro de los placeres" habla así en algún momento de la relación con el propio dolor:

Lo que pasaba en realidad con Lori es que, por alguna decisión tan profunda que se le escapaban los motivos -ella por miedo había cortado el dolor-. Solamente con Ulises había llegado a aprender que no se podía cortar el dolor -si no se sufriría todo el tiempo-. Y había cortado sin tener siquiera otra cosa en sí que sustituyese la visión de las cosas a través del dolor de existir, como antes. Sin el dolor, se había quedado sin nada, perdida en su propio mundo y en el ajeno sin forma de contacto (p. 36, Ediciones Siruela 1989).

En espacios políticos de mujeres la dinámica es de gran riqueza y complejidad. La relación con la madre está muy presente y se lleva a la relación con las otras con más o menos potencia. Pienso en todas las heridas que surgen en estos espacios mostrando espacios de mediación y de economía simbólica aún no resueltos, en los que aún tenemos que trabajar.

Cuando pienso en las mujeres con las que me une un vínculo político sólido, recuerdo los silencios por los que hemos pasado. Por los que estamos pasando. Esos silencios, a veces escogidos, a veces no. A

veces hemos acogido y trabajado con estos tiempos. De una parte volviendo a la intimidad profunda del ser de cada una, donde fluyen nuestros deseos junto a nuestra vulnerabilidad, mirándonos y escuchándonos. De otra parte, trabajando, practicando en relación con otras que nos puedan dar una medida y una mediación más grande y fluida, con menos nudos. Así puede abrirse la posibilidad, creo, de encontrar vías de hacerse más consciente de los propios límites y de como, a veces, tocamos los límites de la otra. Y esto da libertad para elegir con quien y como queremos comunicarnos. Solo trabajando en este silencio, con lo grande de las heridas propias y las abiertas en la práctica de las relaciones, he podido volver a tomar la palabra en esas relaciones dañadas. Pero no hay recetas, de manera que cada nueva herida es una nueva ruta, una nueva apuesta y requiere de grandes dosis de amor, distancia, paciencia y fortaleza.

Hasta ahora he hablado de silencio, responsabilidad y práctica. Me gustaría también hablar de autoridad, porque es básica en este tránsito que es nuevo, que nos hace dejar atrás muchas de las estrategias que nos mantenían a flote con el dolor y también con la alegría, que nos deja en unos momentos de vacío ante el ser auténtico que somos y al que ya no le sirven los viejos patrones, que ha de encontrar y crear para sí un nuevo orden que le sustente. No imagino ese tránsito sin referentes femeninos, sin autoridad que nos acompañe o que simplemente sepamos presente a nuestro lado. Y en este punto recuerdo algunas de las palabras que Chiara Zamboni pronunció en el pasado Seminario de Primavera de Duoda y que se han publicado en el n° 19 de la Revista. Dice así Chiara Zamboni:

Todo lo que, de una práctica hace algo eficaz, no es empíricamente demostrable. Antes de practicarla, no sabemos que efectos tendrá una práctica. Solo siguiéndola provoca transformaciones, que no conocemos con antelación. Su efecto transformador en nosotras se puede captar solo en el tiempo. O sea que hay que creer en ella y seguirla sin conocerla con anterioridad. Por eso es esencial la autoridad de quien nos la propone.

Autoridad y fe, *"hay que creer en ella"* dice sabiamente Chiara. Hay que fiarse de nuestro ser más íntimo, el que hemos reencontrado, hay que fiarse de nuestro cuerpo, hay que escucharse, atenderse y entenderse. Leer las señales, los mensajes que afloran con sabiduría aunque a veces parezcan entrar en contradicción con el orden desde el cual nos habla el mundo común y sea muy duro seguirlas pues, en apariencia, nos hacen nadar contra corriente, aunque en verdad siento que nos sitúan en el orden natural de las cosas.

Cuantas veces mi cuerpo me ha dicho de mil maneras *"no quiero estar aquí"* y yo no le he hecho ningún caso con consecuencias bastante terribles.

Sigue Chiara Zamboni en su texto:

Llegamos, pues, a seguir una práctica porque nuestra vida había llegado a un punto de ruptura que requería una transformación radical, y porque confiamos en alguien a quien reconocemos autoridad. (...) Si fuera así, nos limitaríamos a repetir nuestra vida, reconfirmando lo que ya somos, y no estaríamos dispuestas a la transformación que exige un salto que va más allá del dispositivo del yo, que tiende a repetirse a si mismo".

Honestidad y responsabilidad. Mi experiencia me ha enseñado que nunca deberíamos dar por resuelta una relación, porque cualquier relación está hecha de materia viva, que siempre está palpitando, que siempre es fuente de movimiento y, en este sentido, los espacios de quietud también muestran una actividad. Nada es pasivo si hay escucha de una misma y de la otra.

A través de la experiencia del silencio, podemos sentir más allá de nuestro pensamiento, de nuestro cuerpo, de nuestros sentimientos, porque vivimos la no separación entre ellos. Nos hacemos conscientes de cada acto, de cada sonido, de cada pausa. Es un silencio que

existe siempre, aquí y ahora, en el que nos podemos sumergir y desde el cual podemos vivir cada momento, cada respiración, cada relación.